

necesaria como velo modesto de la importancia y afable temperamento de la autoridad; cortesía que baja de las alturas y parece decir: «Me digno hacer esto.» Creo que apenas tiene corazón, ó que lo tenga embotado por falta de uso. La hermana es peor. Por su figura parece una furia; y más aun por su alma, si es que la tiene; pasa de los cincuenta, es seca, angulosa, llena de puntas, con una cara bronceada, de esas caras relucientes que parece que se hayan dado una mano de barniz. Tiene todo su carácter en la boca, la cual no es boca, sino un corte largo y sutil hecho con un cortaplumas, siempre cerrada, hasta cuando habla, lo cual sucede pocas veces á Dios gracias. También es viuda como su hermano (fortuna han tenido los difuntos); pero me parece que nunca lo ha notado, porque nunca debè haber sentido nada, y es un pliego de pergamino mal encartonado; y además, lunática, inquieta y pendenciera. La verdad es que no acierto á comprender por qué dentro de ese cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él se dedica á escribir sus comunicaciones oficiales, la hermana hace calceta, yo toco el piano, leo, hablo; ninguno de los dos levanta la cabeza; solamente él de vez en cuando me echa una ojeada por encima de sus gafas, y con su sonrisa protectora me responde: «Es verdad,» y vuelve á escribir. Cree que me siento hormiguar algo por los dedos...»

La carta llevaba la firma de Riconovaldo.

IV

Dos horas después paró el coche á la puerta de la quinta. El hinchado inspector se apeó el primero, y alargó una ancha mano rugosa, en la cual se sumergió y desapareció la manecita blanca de una hermosa señora, que saltó al suelo con tan-

ta ligereza como donaire. Luego se apeó la tía, rechazando la ayuda que le ofrecía la criada, y después Cándida. Todos juntos entraron en una alegre habitación que servía de comedor, y se dejaron caer en sillas y butacas, muertos de calor.

— Conque, preguntó la señora apenas hubo cobrado aliento, atusándose con ambas manos su rubia cabellera, ¿dónde está ese muchacho?

— Es verdad; ¿y Furio?, preguntó el padre á la tía. ¿Cómo es que no está aquí? ¡Furio!, gritó asomándose á la ventana.

La tía gritó á su vez desde la puerta: «¡Furio!»

— Voy á buscarlo, refunfuñó subiendo la escalera: ¡estúpido!

Transcurrieron algunos minutos de silencio; en el piso superior se oyó el paso presuroso de la tía y luego sus gritos; después otro rumor de pasos más frecuentes y de nuevo por la escalera un chubasco de palabras acerbas.

— ¡Necio vanidoso!, gritaba la vieja parándose en cada escalón y tomando aliento á cada palabra. ¡Parece imposible! ¡Un muchachón de quince años! ¡Y por su cuñada! ¡Y mientras tanto le están esperando abajo!

— ¿Qué ha pasado?, preguntó el padre distraídamente.

— Figuraos, respondió la tía deteniéndose en la puerta como para impedir que el mozalbete entrase antes que ella hubiese terminado sus inectivas, figuraos que subo arriba, me acerco de puntillas á su cuarto y me lo encuentro con un espejo delante y otro detrás, peinándose como una señorita, y todo lo tenía revuelto: la ropa blanca, la de vestir, cepillos, jabones, frascos; aquello parecía el ajuar de una novia.

La señora se reía.

— Pero esto no es nada, prosiguió la tía echando una ojeada á la escalera donde la pobre víctima estaba esperando; ha-



Al llegar á la puerta, la tía lo echó dentro de un empujón

bía allí un olor endemoniado á tabaco, que no se podía respirar: ¡ha fumado!

— ¡Oh, oh!, interrumpió el padre fingiendo enfadarse.

— Pero le he dado una lección, repuso la vieja haciendo ademán de descargar una bofetada, y luego, volviéndose hacia la escalera, añadió: ¡Ea!, entra.

El pobre niño, que lo había oído todo, bajaba lentamente, humillado, confuso, despeinado, llevando una americana vieja que la tía no le había dado tiempo de mudarse, sin cuello de camisa, sin corbata, como un pobre. Al llegar á la puerta, la tía lo echó dentro de un empujón, y él se vió delante de la señora, que se levantó á recibirle; la miró, la vió reir, se puso encendido, sintió que le faltaba la voz, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, casi sin respiración, en la actitud de un condenado.

— ¡Pero, hombre, saluda á tu cuñada!, le dijo la tía.

— ¡Señora!.., murmuró el joven con voz que apenas se le oía; pero no pudo levantar la cabeza.

— ¡Señora!, repitió la vieja despiadada remedándolo: ¿no se te ocurre decir otra cosa á tu cuñada?, ¿á la esposa de tu hermano, á la que no conocías? ¡Bonito recibimiento haces á una parienta! Compadécelo, Iris, es un chiquillo intratable, que siempre ha vivido en el campo y no ha visto nunca á nadie.

— Sí, dijo el padre mirando con fijeza á Furio como hubiera podido mirar á un gato disecado metido en un escaparate; todos somos así á su edad, no sabemos movernos ni hablar; pero luego, con el tiempo..

— Lo que es éste no cambiará, interrumpió la tía; es imposible; se ve que no ha nacido para ello.

— ¿Por qué?, preguntó la señora con cariñoso acento de defensa.

Y los tres se quedaron mirándolo. Furio estaba tan aver-

gonzado que daba lástima verlo; se le había subido la sangre á la cara en términos que los ojos parecían velados, le pesaba la cabeza como si fuera de plomo y se conocía que estaba padeciendo. La señora lo notó, volvió la cabeza riendo y cambió de conversación. Furio se escapó.

¡Pobre Furio! Hacía un mes que se regocijaba pensando en que una hermosa dama vendría á romper la enojosa monotonía de sus vacaciones campestres; un mes que andaba discurrendo las palabras que le habría dirigido y las frases cariñosas que recibiría en contestación; un mes que al pasar por delante del espejo, se miraba á él, y no salía ya al sol por no ponerse más moreno; un mes que se limpiaba los dientes con polvos, las uñas con la lima y la cabeza con los peines; un mes que se lamentaba con su hermaná del estado de su ropa, que le parecía ordinaria y mal hecha y habría deseado tenerlo todo bonito y fino para honrar á la huéspedada esperada; un mes que contaba los días y las horas que debían pasar hasta que llegase, y se proponía mostrarse con ella amable y serla simpático, y se habría hecho querer; y ahora, en el momento de empezar, se presenta de aquel modo, con la señal de una bofetada en la cara, con la cabeza que parecía un erizo, callado y encogido como el más vergonzoso alumno de su colegio.

Aquel fué un momento muy amargo para el pobre Furio. Salió de la casa, y fué á tenderse al pie de un árbol con el corazón oprimido, los ojos llenos de lágrimas y enfadado consigo mismo, con la cuñada, con todos. «No quiero presentarme más delante de esa señora, decía para sí; sufro demasiado teniendo que hacer esas figuras, siento que me pongo malo; no voy más; antes me escapo; ¡nadie me quiere!»

En esto resonó en la quinta una voz estridente que con tono de mando gritaba:

— ¡Furio, á almorzar!

Furio sintió que se le revolvía la sangre, se puso en pie y en el primer impulso de su enojo, contestó con voz sofocada:

— ¡No quiero!

Y fué á echar á correr para huir, pero lo detuvo Cándida.

— ¿Eres tú, Cándida?, le dijo el niño conmovido.

Cándida abrió los brazos y Furio se echó en ellos conteniendo á duras penas un sollozo.

Cándida era buena y le quería.

V

Los tres ó cuatro años que median entre la infancia y la adolescencia están llenos de sinsabores y de melancolías, como sucede cuando uno empieza á sentir que envejece. El alma, afanosa por abrirse á la vida, la ve cerrada por todas partes, y se agita en una anhelante clausura. Así como la savia en primavera bulle por debajo de la corteza que la envuelve, así también el hombre se siente encerrado en el niño y se estremece. Necesita aire y luz y quisiera remontar el vuelo; las alas tropiezan en las paredes domésticas, y se repliegan despuntadas y doloridas. Abajo ve un pequeño mundo de niños que juegan, ríen, cantan y hacen locuras, y no puede descender á él; arriba ve otro mundo más grande, donde se piensa, se trabaja, se lucha, se ama, y todavía no puede subir á él. Columbra ya, como al través de un velo, la mujer, bella, querida, misteriosa, argumento secreto de deseo y de ensueño; y la mujer se baja á besar á los niños, se vuelve á mirar á los hombres, y pasa junto á él sin verle siquiera. Él quisiera atraer aquella mirada, parecerle bello, agradable; y no es más que un niño crecido, con una gran cabeza sobre dos míseros hombros,

y un torso mezquino sobre dos piernas como estacas, de las cuales sobresale un par de rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad; quisiera ir bien vestido, elegante, y le obligan á llevar la ropa desechada por su hermano mayor, y le hacen corbatas de los vestidos viejos de su hermana, y aún no se fían de dejarle un reloj. Quisiera que le considerasen como un hombrecito y figurar algo; y si abre la boca entre la gente, ó dice una cosa insignificante que pasa inadvertida, ó un despropósito, y entonces le hacen callar. Quisiera ser gracioso y simpático, y si entra en un salón no sabe cómo estar, tropieza con una silla, pisa la cola del vestido de una señora y aplasta un callo al dueño de la casa. Quisiera expresar lo que le bulle en la imaginación, abrir su corazón, desahogarse, y escribe versos que hacen reír al maestro, y su padre se los arranca de la mano y en su lugar le entrega un tratado de aritmética. Quisiera moverse, agitarse, ir y venir, ver cosas nuevas, y tiene que regresar á su casa á las ocho á espigar el diccionario latino, en un rincón de su cuarto, solo, mientras oye el roce del vestido de sus hermanas que se preparan para ir al teatro ó al baile. Desalentado, humillado, ora se insinúa en medio de la gente para implorar una mirada ó una sonrisa; ora se concentra en sí mismo, despechado y huraño y como cansado de los hombres y de la vida. Y entonces siguen las largas horas de soledad pasadas asomado de noche á la ventana, ó en el campo mirando las plantas, y su fantasía viva é intranquila se lanza ávidamente en un porvenir ilimitado y misterioso, lleno de grandes designios y de grandes esperanzas. Entonces se finge una vida á su modo; sucesos admirables y extraños, luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de cielos desconocidos y vastos jardines silenciosos, poblados de gratos fantasmas. Luego aquella esplendorosa visión lo en-



Cándida abrió los brazos y Furio se echó en ellos conteniendo un sollozo

tristece y le cansa, y él vuelve á abrazarse con ímpetu á la vida; se lanza en el bullicio de los solaces infantiles; pero no le satisfacen y se entrega con pasión al estudio; intranquilo, lo abandona y busca el reposo del espíritu en las fatigas exageradas del cuerpo; su mundo fantástico se le mezcla en la mente con el real, y le asaltan en las tinieblas repentinos pavores que habían cesado hacía tiempo; terrores religiosos despertados de improviso; luego rigores feroces que le arman la mano contra animales inocentes, y ardimientos insensatos que lo empujan al borde de los tejados y á las copas de los árboles; luego melancollas profundas que le hacen buscar los brazos de la madre y derramar en su seno lágrimas ardientes y tranquilizadoras.

La excesiva timidez de muchos jóvenes de esa edad procede precisamente de que tienen en sí todo ese tumulto de pensamientos y de afectos y quieren mantenerlo oculto y siempre están temiendo que otro lo descubra y les considere más niños de lo que son en realidad; ellos mismos creen que eso sea un resto de puerilidad y se avergüenzan, cuando no es otra cosa sino el primer destello de la juventud que los fecunda y los transforma.

VI

Furio se encontraba precisamente en esta época de su vida, y ardiente y tierno por naturaleza, sentía más que otro alguno sus inquietudes. Pero no tenía madre, cuando la habría necesitado más que nadie, y su padre poco ó nada significaba para él. El buen señor no le comprendía; le juzgaba un chiquillo mal criado. Conociendo desde los primeros años de la escuela que no tenía la vocación y naturaleza de un burócrata,